

llevar adelante la apelación al pueblo mexicano. En esos momentos esperaban en México las autoridades francesas, la noticia definitiva del reembarque de Maximiliano, cuyo gobierno consideraban que solamente existía en el nombre, y veían graves peligros en que se prolongara una crisis que podría reunir todos los partidos contra el ejército francés. Síntomas inequívocos se presentaban de un próximo movimiento insurreccional, al grado de haber dispuesto Bazaine que se clausurara el teatro provisional levantado en la Plaza de Armas, por insultos allí vertidos contra Napoleón III, al ser presentado un retrato que acogió el público con gritos de muerte y de menosprecio. Se solicitó del Presidente del Consejo la clausura; pero si no la disponía, el capitán Oudriot con los gendarmes la llevaría á efecto, arrestando á cualquier perturbador del orden público.

Castelnau convino en que todos los franceses se concentrarían en Veracruz, para que la desocupación se efectuara en masa, á fines de Diciembre. Se estimaba en 24,000 el número de soldados del ejército expedicionario, y todos habían de ser trasportados en los buques fletados para tal objeto, diez de hélice é igual número de fragatas de vapor.

Castelnau traía también instrucciones para aconsejar á Maximiliano el plan de defensa que debería adoptar, en caso de que permaneciera en México después que el ejército se retirara; debería no diseminar sus fuerzas, sino concentrarlas en un radio corto, abandonando las provincias extremas del Imperio, que recobraría cuando su poder estuviese consolidado en el centro. En las altas esferas del gobierno frances, preocupaba mucho la determinación que tomaría Maximiliano, siendo cualquier resultado de la alternativa, un estrepitoso fracaso de la política bonapartista.

Las instrucciones que Castelnau traía para el caso de que Maximiliano se retirase, consistían en tratar con el gobierno que le sucediera, cualquiera que fuese, procurando garantizar el respeto á las personas y la salvaguardia de los intereses; pero estas instrucciones estaban concebidas de tal manera, que indicaban poca confianza en las negociaciones que debían entablarse en un caso dado. Todo hacía ver, que lo que Napoleón anunció á Forey como la gran obra de su reinado, tomaba todos los caracteres de un aborto.

Mientras que en la capital se hacía misterio acerca de la llegada del general Castelnau, un periódico de Oaxaca que parecía bien informado, aseguraba que el emisario era portador de la orden para que Maximiliano abdicase, y manifestó que á la caída de éste surgiría una convención, concluida desde antes entre los gabinetes de Washington y las Tullerías sobre la deuda francesa. Se daba á entender que la abdicación voluntaria ó forzosa de Maximiliano sería un hecho, y que el nuevo año vería triunfantes las armas de la República en todo el territorio mexicano.

Las últimas órdenes recibidas de París, acentuaron fuertemente el movimiento de concentración de los franceses hácia el centro del país, quedando al general Castelnau el cuidado de resolver el asunto de que venía encargado. Maximiliano sintió anonadada su energía y el 18 de Octubre lanzaba su última protesta con-

tra los actos de la política francesa, quejándose amargamente de las disposiciones dictadas por el Mariscal; aseguraba que un solo ataque vigoroso bastaría para destruir las mal organizadas fuerzas de los disidentes.

Al ver Maximiliano que se retiraban las fuerzas francesas, dijo á Bazaine: que se daba á la revolución proporciones á las que jamás había llegado hasta entonces, y que el gobierno no podía reunir tropas suficientes para que por sí solas hicieran frente al enemigo, siendo ilusorio el proyecto de apoyarse únicamente en los recursos locales. Aun invocó el artículo 4.º del tratado de Miramar, desgarrado hacía tres meses, cuando Napoleón declaraba á M. Bigelow, que no se emprenderían nuevos esfuerzos para reducir á los disidentes.

Castelnau tenía la misión de investigar con su propia vista, é interrogar á los hechos y á la opinión pública, si la monarquía era capaz de sostenerse aquí por sí misma; en el caso contrario, ya bien sabido en las Tullerías, debía provocar la inmediata abdicación de Maximiliano, y si éste rehusaba regresar á Europa, saldría el cuerpo expedicionario en masa y en breve plazo. Estas instrucciones que Maximiliano no conoció en toda su extensión, sino muchos días después de la llegada de Castelnau, le desalentaron y le obligaron á arrojar en la balanza el peso del elemento mexicano en el que únicamente podía ya esperar. Por una parte se exigía á Maximiliano la humillación de regresar á Austria, después de un fracaso tan resonante que comprometía su porvenir político, y por otra se le presentaba la seguridad de que perseguía una obra imposible; entre estas vacilaciones aparecía el muy natural deseo de volver al lado de su esposa, víctima de la abnegación y la mala fortuna, cuya salud estaba perdida, compeliendo á Maximiliano á ir al castillo de Miramar.

En las circunstancias en que se hallaba Maximiliano, era muy natural que fracasaran sus esfuerzos para entablar negociaciones con los republicanos y con los Estados Unidos, cerca de los cuales hizo una segunda tentativa. En los días en que había resuelto volver á Europa y cuando hacía sus preparativos en tal sentido, le llegó la carta de M. Eloin, su consejero, fechada en Bruselas, haciéndole notar que al oponerse Napoleón III á que Osmont y Friant entraran al Ministerio, había arrojado la careta, y que pretendía que precediera al regreso del ejército una franca abdicación, único medio que le dejaría en posibilidad de reorganizar un nuevo estado de cosas, capaz de asegurar los intereses del gobierno frances y de sus nacionales. Aconsejábale Eloin que no le diera esa satisfacción á un político que debía responder tarde ó temprano, de sus actos y de las fatales consecuencias que traerían. Atribuía Eloin el aumento de las dificultades con los Estados Unidos, á trabajos del gabinete francés; pero tenía la íntima convicción de que el regreso á Austria antes que el ejército frances volviese á Francia, sería interpretado como un acto de debilidad, y que teniendo el Emperador sus poderes dimanados del voto popular, debía hacer un nuevo llamamiento al pueblo mexicano ya libre de la intervención extranjera, pidiéndole á ese pueblo el apoyo material y pecuniario indispensable para subsistir y batallar. Si el llamamiento no

era oído, regresaría Maximiliano á Europa con todo el prestigio que tuvo al salir de ella, y en los acontecimientos importantes que no dejarían de sobrevenir, haría Maximiliano el papel que bajo todos conceptos le pertenecía.

Traspirado en el público el carácter conminatorio del general Castelnau, se produjo en la sociedad mexicana gran conmoción; el Presidente del Consejo, Sr. Lares, preguntó al Cuartel general lo que ocurría, y Bazaine le contestó: que el cuerpo expedicionario no tenía otra misión que la de proteger al Imperio; á la vez echó en cara al gabinete mexicano las faltas cometidas y combatió las quejas que se le presentaban contra el cuerpo expedicionario. Las instrucciones que tenía el general Castelnau eran reservadas, y por lo mismo Bazaine no podía decir qué papel les estaba reservado á las tropas expedicionarias en el porvenir. Los batallones nacionales y auxiliares habían quedado, después de la creación de las divisiones militares, á disposición de los generales mexicanos que las mandaban, y por consiguiente á las del Gobierno imperial que les comunicaba sus órdenes, ya por medio del Ministerio de la Guerra, ya por los comisarios imperiales, guardando el mariscal francés, desde esa época, el limitado papel de dar consejos ó el apoyo de sus tropas, y proporcionar, además, material y fortificar las plazas de guerra, ó las ciudades importantes que al ser evacuadas se entregaban á tropas imperialistas; con este motivo quejábese Bazaine de que estas no las hubieran defendido debidamente.

El Gabinete de las Tullerías tenía tal seguridad en el próximo derrumbe del trono de Maximiliano, que con presteza había ordenado á sus diplomáticos que anudaran relaciones con el general González Ortega, quien aparecía competidor terrible de Juárez cuyos poderes debían haber fenecido, teniendo en cuenta también la influencia de que gozaba entre los que le habían seguido en la revolución que trajo el triunfo de la Reforma y en la guerra contra la misma Francia.

Maximiliano entró á Orizaba en medio de la valla de infantería francesa y de las guardias nacionales, y al estrépito de los cohetes y las campanas que repicaban á vuelo. Se alojó en la casa de la familia Bringas, lugar donde se reunían los amigos de la Intervención y tenían conciliábulos; durante la semana que permaneció allí no salió á la calle sino para ir á los baños. Cuando el correo de Europa le llevó noticias infaustas de la salud de la Emperatriz, se trasladó á la hacienda de Jalapilla, cercana á la ciudad y con hermosos plantíos de cafetales y campos de caña dulce. Aun vacilaba en presentar públicamente su resolución de abdicar y entonces el padre Fischer, asegurándole que el cuerpo y el espíritu necesitan reposo, le detuvo en aquella soledad, fomentó las intrigas del partido reaccionario, que veía llegar su ruina completa con la caída de la monarquía, y quitaba del conocimiento del Emperador la importancia y la rapidez de los movimientos que verificaban con feliz éxito los republicanos. En aquel retiro y á la sombra del misterio, se verificaron las entrevistas de los agentes clericales que se empeñaban en detener á Maximiliano en el territorio de México, cuando ya una parte de

equipaje imperial estaba embarcado á bordo de la fragata austriaca "El Dandolo," anclada en Veracruz.

En aquellos momentos de angustiosa congoja, recibió por la vía de los Estados Unidos un despacho telegráfico, anunciándole que la Emperatriz Carlota daba señales de haber perdido el juicio; esta noticia llevó al espíritu de Maximiliano el veneno de la desesperación.

Las cartas que Maximiliano recibía de la corte de Viena, íntimas ú oficiales, le alentaban para quedarse en México y para no pensar en volver á Austria, habiendo entre ellas alguna de la Archiduquesa Sofía, que hacía vacilar el ánimo, pues en el mes de Noviembre aun se inclinaba su hijo á la abdicación. Por ese tiempo corrió el rumor de haber sido llamados á Orizaba los Sres. Castelnau y Danó, para comunicarles las condiciones de abdicación; pero se aseguró que éstos rechazaron presentarse á la cita, lo cual fué para Maximiliano una nueva herida, que no podía menos que clamar venganza: y es seguro que entonces vió en el gobierno francés el peor de sus enemigos y en los agentes de este gobierno individuos molestos y aun odiosos.

En esos críticos instantes, se presentó á Mr. Herzfeld el jefe del Ministerio, Sr. Lares, y declaró en nombre de sus colegas, que tan pronto como el Emperador saliera de la capital, se retiraría todo el Ministerio y dejaría de haber gobierno. Herzfeld avisó inmediatamente á Bazaine lo que ocurría, pues era tan grande el estado de debilidad en que se hallaba Maximiliano, y tal su insistencia en alejarse de la capital, que se hacía necesario que el general en jefe francés dictara algunas disposiciones.

Bazaine escribió al momento una comunicación al Presidente del Consejo, diciéndole que era faltar á la lealtad y la generosidad, el abandonar al Emperador en aquella situación, y que si los ministros persistían en su renuncia, se vería obligado á dictar para con ellos las disposiciones que el caso requería. Cerca de las oraciones había llegado Mr. Herzfeld al palacio de Buena Vista, para pedir consejo sobre la situación de parte de Maximiliano, respecto al proyecto definitivo de la abdicación; los ministros contestaron que permanecerían en sus puestos y Bazaine avisó á Maximiliano que podía marchar y viajar con toda seguridad, encargándose él de todo. Veía Bazaine que las probabilidades en consolidar la monarquía disminuían, y no creía conveniente detener á Maximiliano, sino dejarle en libertad de seguir sus propias inspiraciones, pues consideraba que era preciso ganar tiempo para que los destacamentos franceses, de los que algunos estaban hasta seiscientas leguas de México, se concentraran y replegaran al grueso del ejército. El Mariscal calculaba que una abdicación brusca desencadenaría la insurrección en todo el país, y para evitarla creyó bueno que Maximiliano pretextara la ausencia provisional, pudiendo instalar una Regencia que con suavidad llamase al país á otra forma de gobierno. El plan del Mariscal tendía á que Maximiliano fechase su abdicación en Europa, creyendo que así se evitaría un sacudimiento

to fuerte y quedaría á salvaguardia el ejército expedicionario. A este plan quería atraer al Emperador.

Prefirió Maximiliano contrariar la política francesa que tendía vigorosamente á la abdicación, para poder tratar entonces con aquellos que había calificado de bandidos. Había en la conducta de los franceses, ataques punzantes que herían muy particularmente á Maximiliano. Los jefes del partido conservador, Lares, Miramón y Márquez, ayudados por el embajador inglés Secarlett y otros, le aconsejaron que no incurriese en el reproche que se le haría á la Francia, acusada de abandonar á los que se habían comprometido por ella. Atormentado entre los consejos de su inteligencia, que le demostraba la imposibilidad material de la lucha, y su altivez que le sujería la imposibilidad moral de la retirada, al fin se decidió Maximiliano por el partido más generoso pero menos razonable. “No quiero, dijo, que se me acuse de haber venido y regresado en los furgones del ejército frances. No quiero dejar sin apoyo á los que se han comprometido por mi causa. No puedo sufrir que esas gavillas de foragidos se precien de haber hecho huir á un Europeo, á un Príncipe.”

Al recibir la contestación del general Bazaine, diciéndole que podía salir de la capital cuando bien le pareciera, se encontraba Maximiliano agitado paseándose en uno de los salones del palacio de Chapultepec, y pronunció estas palabras: “No puedo dudar ya, mi esposa está loca. Estas gentes me matan poco á poco. Estoy agotado. Dad las gracias al Mariscal por esta nueva prueba de adhesión. Parto esta noche y si desea escribirme, hé aquí mi itinerario.” Iba á Orizaba, donde ya presentía la pública opinión que tomaría una resolución definitiva.

Para dar cualquier paso en sentido de apelación al voto popular, era indispensable que se diera una tregua á los combates; en este asunto el comandante en jefe francés manifestó á Maximiliano, que no podía ni tenía poderes para firmar un armisticio con los liberales, siéndole vedado modificar el programa militar del cuerpo expedicionario; en cambio continuaría activamente la evacuación del territorio, disminuyendo día por día el número de las plazas ocupadas por el ejército francés.

A las dos de la madrugada del 21 de Octubre, tres coches escoltados por los tres escuadrones de húsares austriacos y por gendarmes húngaros, recorrían la calzada de la Piedad. Acompañaban á Maximiliano, el padre Fischer, el Ministro Arroyo, el coronel Kodolich y el Dr. Basch. Pasó la noche en la hacienda de Zoquiapa, desde donde escribió á Bazaine con fecha del mismo 21 de Octubre, diciéndole que al siguiente día le mandaría los documentos necesarios para poner fin á la situación violenta en que se encontraba, no sólo su porvenir, sino México entero, cuyos documentos habían de quedar reservados hasta el día que por telégrafo se le indicara al Mariscal; y á la verdad, nunca llegaron á poder de éste. Le manifestaba que quería desprenderse de la responsabilidad que le resultase en tres asuntos: de los cuales uno era relativo á que las Cortes Marciales dejaran de tener intervención en los delitos políticos; pedía que la ley de 3 de Octubre



*Doctor Samuel Basch*

Las enfermedades de que adolecía el Príncipe Maximiliano de Hapsburgo, se agravaron durante el sitio de Querétaro, puesto por el ejército republicano de Marzo á Mayo del año de 1867. El Dr. Samuel Basch atendió al enfermo con tal solicitud, que más que médico era un amigo, á quien confiaba sus penas y le hizo depositario de sus esperanzas, aun las de ultratumba. La memorable noche del 14 al 15 de Mayo, víspera de la caída de Querétaro, recrudecieron los dolores que molestaban á Maximiliano, y para calmarlos le ministró Basch una píldora de opio á las tres de la madrugada. En la prisión acompañó Basch á Maximiliano, hasta que fué separado el 14 de Junio por orden del general Escobedo, considerándole complicado en la conspiración urdida para libertar al Príncipe. Pero después se le permitió al Doctor volver al lado de Maximiliano, y por orden de éste formó una lista de las personas á quienes el sentenciado á muerte quería dejar algún recuerdo; le entregó una sortija y un escapulario para la Archiduquesa Sofia, madre del reo, y le recordó las recomendaciones que con anticipación le tenía hechas. Basch estrechó por última vez la mano del Príncipe, al bajar el último peldaño de la escalera en la prisión de las Capuchinas. El Doctor se sintió sin fuerzas para seguir á Maximiliano hasta el patíbulo; pero presenció el embalsamamiento del cadáver en la Iglesia de las Capuchinas.